

Una silla, tres euros

de Miguel Signes

Domingo Miras

Una silla, tres euros

de
Miguel Signes

Colección
Premio
Ricardo López Aranda 2005

Edita
Ayuntamiento de Santander

No sé si no será demasiado caro: ¿tres euros por sentarse un rato en una silla, a ver pasar una manifestación? ¿Una manifestación contra la guerra? ¿Una manifestación contra Zapatero? ¡Ah, quién sabe! La cosa no es tan sencilla, ni mucho menos. La cuestión de la silla y la manifestación es bastante compleja. Miguel Signes, tras aquella remota época de dramaturgo realista en que *Antonio Ramos 1963* le tributó la gloria del María Guerrero, ha evolucionado y ahora gusta de escribir sobre temas conceptuales y abstractos, por no decir existenciales y filosóficos. Bajo su aparente sencillez personal hay un espíritu inquieto, por no decir complicado, siempre en busca de ocurrencias en las que pensar él y hacer que piensen los demás. En las reuniones de la Junta Directiva de la **Asociación de Autores de Teatro** lanza continuamente ideas que se trae preparadas desde su residencia de Salamanca y obliga a sus compañeros a un permanente estado de alerta para recibir y asimilar el bombardeo de sus sugerencias. Y, por añadidura, se queda voluntariamente con la mayor parte de los encargos y del trabajo para la preparación de esta revista. Yo me pregunto si un hombre tan activo no tendrá agazapado en su interior un oculto amante del reposo dispuesto a pagar tres euros por el alquiler de una silla en la que sentarse apaciblemente para presenciar el desfile de la vida.

En una esquina, dos personajes hablan. Dos tipos cualquiera, dos hombres de la calle. No se conocen, no se han visto nunca, ni tampoco tienen nada que decirse. Son dos individuos surgidos de la nada y reunidos por el azar. Se llaman Ricardo y Andrés, y podrían tal vez llamarse Vladimiro y Estragón aunque, a diferencia de las criaturas de Beckett, no comparten el camino de la vida, sino que sus respectivos caminos se han cruzado en una esquina cualquiera de un recinto urbano. Son, pues, dos solitarios, y Signes los ha reunido como si mezclase dos líquidos en una probeta, para estudiar su reacción. Reacción negativa: los dos siguen estando solos.

Uno de ellos, Ricardo, está de pie en la acera, parado, quieto, mirando al vacío; llega Andrés y se para junto a él. Ambos permanecen estáticos, mudos, contemplando la nada. A Ricardo le extraña que Andrés esté allí sin hacer nada (aunque él está lo mismo) y le pregunta:

RICARDO: (*Tarda en preguntar.*) ¿Qué haces?

ANDRÉS: Nada. Te he visto aquí y pensé que...

RICARDO: Estoy esperando.

ANDRÉS: (*Después de mirar a un lado y otro de la supuesta calle.*) Pensé que...

RICARDO: No te molestes.

El lector ha advertido desde el principio que ambos personajes, de quienes en la acotación preliminar se ha dicho que son de mediana edad, se tutean de entrada con la mayor confianza, como si se conocieran de toda la vida, aunque no se han visto nunca. Las ceremonias sociales que establecen el tratamiento como medida de cortesía distanciadora han desaparecido; es una primera pista de que nos hallamos ante unos entes elementales y primarios, despojados de lo accesorio y reducidos a su pura esencia de seres humanos sin más, sin relaciones ni ocupaciones aparentes, sin más interés que ver pasar una manifestación.

Son dos espectadores potenciales de un fenómeno social que no les atañe, que creen haber visto antes y que desean ver de nuevo para corroborar la exactitud de sus impresiones. O sea, que son dos científicos. Sumamente modestos, eso sí, pero dos científicos empíricos que procuran confirmar sus experiencias. O, tal vez, dos simples espectadores. Quizá los científicos son simples espectadores.

El diálogo entre ambos es difícil, brusco, inconexo, humorístico con frecuencia; ese diálogo acaba por hacernos saber que Ricardo ha visto una manifestación de alborotadores, mientras que Andrés ha visto una especie de procesión del silencio. Aquí hay materia para la discusión estéril, una discusión que paradójicamente es un pri-

mer lazo de unión entre ambos. Una misma manifestación ha sido vista de dos maneras contradictorias, o tal vez han visto dos manifestaciones distintas y ellos no lo saben, o no ha habido manifestación alguna y los dos han visto visiones, vaya usted a saber. Todos estamos ante el mundo, y el mundo es distinto para cada uno de nosotros.

Estos dos individuos están a cuerpo limpio en un espacio urbano pensando en una manifestación como podrían estar en una pradera pensando en una manada de bisontes: ¿han pasado por aquí? ¿No han pasado? ¿Iban tranquilos? ¿Iban furiosos? Están ahí porque sí, como dicen los filósofos que estamos nosotros en el mundo, porque sí. Nos han echado de aquí por las buenas, y tratamos de saber qué es lo que estamos viendo o, si somos más elementales, aseguramos con petulancia que sabemos perfectamente lo que hemos visto. Es lo que hacen Ricardo y Andrés, que, sosteniendo cada uno su respectiva «verdad», se enredan en una polémica insoluble. Y lo hacen en tono agrio, casi agresivo:

ANDRÉS: *(Tras una larga pausa.)* ¿Te das cuenta? Vemos cosas diferentes, no coincidimos ni tanto así. *(Junta los dedos pulgar e índice de la mano izquierda en un movimiento que, sin serlo, a Ricardo le parece afeminado.)* Tú ves muchos y yo pocos, tú que alborotaban y yo que iban callados. ¿Para qué hablamos?

RICARDO: Eres un tipo raro.

ANDRÉS: ¿Me ves raro?

RICARDO: ¿No serás maricón?

ANDRÉS: ¿Yo maricón? ¿Te parezco maricón? ¿Los maricones son raros? No lo creo.

Está visto que esta gente no va a llegar a ninguna parte. Afortunadamente llega la autoridad y ella, tan conciliadora siempre, lo arreglará todo:

1 POLICÍA: Circulen, por favor. Aquí no pueden estar.

RICARDO: ¿Por qué?

1 POLICÍA: Porque no pueden, así de sencillo. Venga.

ANDRÉS: Dígame por qué.

1 POLICÍA: No tengo que darle explicaciones. *(A Ricardo.)* Y usted también.

Ya pueden estar de acuerdo por lo menos en algo, tras una agresión tan estúpida y ofensiva por parte del poder. Pero he

aquí que llega un segundo policía cuyo trabajo no es directamente represivo sino técnico, lo que permite diluir la tensión mediante recíprocas explicaciones que se cruzan en todos sentidos y desembocan en la anterior discusión entre ambos protagonistas sobre si la manifestación era violenta o pacífica. La eterna discusión de los eternos litigantes. Es evidente que lo que no resuelvan ellos mismos, la autoridad no se lo va a resolver.

Una mujer de cierta edad, enlutada, silenciosa y que ofrece el descanso podría ser la muerte. Las sillas como instrumento de reposo son rechazadas por ambos antagonistas:

RICARDO: Gracias, no me voy a sentar.

ANDRÉS: Muy amable, no. Tampoco yo.

Mucho me temo que todos acabaremos por sentarnos. Aunque también podría ser que esas sillas tuvieran la intención de subrayar nuestra condición de espectadores, nos sentamos para ver cómodamente la función, el gran teatro del mundo.

Tras una momentánea separación, Andrés retorna junto a Ricardo hecho un converso: ha visto de nuevo la manifestación y está de acuerdo con lo que decía Ricardo; pero he aquí que Ricardo también la ha vuelto a ver y se ha convertido a su vez: ahora la encuentra como antes decía el otro. Siguen en desacuerdo, pero con los papeles invertidos. Y, además, se van aclarando: la manifestación de uno es de inmigrantes sin papeles que piden ser legalizados; la del otro es una turba de fachas armados de porras, palos y símbolos neonazis berreando consignas xenófobas. También se aclara meridianamente la condición de la señora de las sillas: aquí, nadie se sienta sin pagar. ¡Una silla, tres euros! Se trata de un servicio público con su correspondiente tasa, el Ayuntamiento ha dado a la señora una concesión de derechos sobre la vía pública, igual que las terrazas de los bares, solo que estas sillas son para ver manifestaciones. O sea, que vinimos al mundo para ver la procesión de los días hasta que salgamos de él y, entre tanto, unos vemos una cosa y otros otra y, además, unos contemplamos el espectáculo de pie y otros sentados, aunque esa comodidad no es gratuita, hay que pagar los tres euros por la silla. Tal vez el estar sentado modifique el espectáculo



que se disfruta, casi aseguraría que lo mejora, pero no lo comprueban a pesar de su curiosidad, puesto que renuncian a las sillas. No se sientan por no pagar, pues cuando las creyeron gratuitas bien que se sentaron. Está claro que ambos ignoran el aforismo que dice: *La vida es buena, pero es cara. Hay otra que es menos cara, pero ya no es tan buena*. Lo ignoran, pero no andan demasiado lejos, pues empiezan a sospechar que puede no ser seguro el testimonio de su vista, que hay circunstancias que pueden modificar lo que están viendo, tal como medita Andrés: *... ¿es el aspecto que tenemos lo que nos hace ver las cosas de un modo, o es lo que vemos lo que nos hace tener el aspecto que tenemos?*

Cuando empiezan a entenderse y están llegando al terreno de las confidencias personales, aparecen unos cómicos y lo estropean todo como siempre, con su manía de dar lecciones. Estos escenifican *temas candentes de la sociedad de mercado*. Y, además, declaran que *los autores de textos tienen tendencia a dar soluciones, y nosotros necesitamos textos generadores de sentido para que cada espectador se construya el suyo*. Los actores les aclaran a Ricardo y Andrés que lo suyo es la *doble mirada, la incomunicación, la homogeneización cultural, los contrarios ideológicos...*, en fin, que quieren montar en su teatro la discusión de ambos sobre las manifestaciones, o sea, *Una silla, tres euros*, y he aquí de nuevo al teatro metido en el teatro. Los actores les encarnarán a ellos, con lo que los dos protagonistas se desdoblaron en sí mismos y en su propia representación, y ade-

más serán espectadores de la función. Una función en que Ricardo es un cardenal de la Santa Madre Iglesia y Andrés un ayatolá del islam más integrista y radical. Con estas dos personalidades, es indudable que lo que vean les parecerá distinto e incluso opuesto (¿o, tal vez, idéntico?). La discusión se reproduce, ahora entre los actores caracterizados, y no complace a aquellos a quienes representan: la sociedad no se reconoce a sí misma en la escena. El desencuentro entre el teatro y el público acaba en una agria discusión, amenazas y... ¿algo más? La última escena entre Ricardo y su esposa es ambigua, inquietante. A regañadientes, Ricardo confiesa que hubo golpes, que fueron a un psicólogo que les habló del maniqueísmo, que se separaron de los actores... y que *Andrés, angustiado por lo que había visto, se puso todavía más pesado y...*, *mira por donde, al final, sin comerlo ni beberlo, su preocupación se lo ha llevado por delante*. Así que no somos simples espectadores pasivos. La muerte ha puesto el punto final a esta obra extraña, ambiciosa y culta sobre la radical orfandad de los seres humanos, su incapacidad para salir de sí mismos, su irresponsabilidad y su desamparo, a pesar de la inútil jactancia con que se aferran a lo que creen haber visto o lo que creen saber. Habitantes de la nada, desde la eternidad del pasado, atisban una chispa de luz para de nuevo ingresar en la nada durante la eternidad del futuro. Y en ese insignificante intervalo colocan su amor propio, sus intereses, sus pasiones. Hasta su teatro, para reconocerse a sí mismos con decepción y desesperanza. ■

Visita nuestra web

www.aat.es